

por haber elegido un medio tan admirable para conservar vuestras santas Escrituras, y darlas á conocer á todos los pueblos.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mí mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *pronunciaré con respeto el nombre adorable de nuestro Señor Jesucristo.*

LECCION XLV.

PREPARACION DEL MESÍAS.

Qué debe entenderse por preparacion del Mesías.—Todos los acontecimientos anteriores á la venida del Mesías cooperan al establecimiento de su reinado.—Cuatro grandes monarquías vaticinadas por Daniel.—Mision de los asirios.—Historia de Holofernes.

Hemos visto en las lecciones anteriores, que todo lo que Dios queria revelar á los hombres sobre el nacimiento, las acciones y los caracteres del Mesías. fue prometido, figurado y profetizado del modo mas circunstanciado durante una larga série de siglos. Los libros de Moisés y de los Profetas que contenian estos preciosos documentos eran guardados con esmero en el templo de Jerusalem; hallábanse copias en las familias, y todos los israelitas se dedicaban asiduamente á su lectura, ya en particular, ya en comun el dia del sábado, ya, en fin, en Jerusalem, donde se reunia la nacion entera tres veces al año, en las grandes festividades de Pascua, de Pentecostes y de los Tabernáculos. De modo que era imposible que estos libros se perdiesen, ó fuesen alterados: la filiacion del Mesías, la época y el lugar de su advenimiento estaban, por consiguiente, designados y eran conocidos. Siendo esto así, ¿qué resta por hacer á la Providencia? Hélo aquí:

Cuando un rey amado con ternura é impacientemente esperado ha de hacer su entrada en una ciudad, se apresuran á allanarle todos los caminos, se le abren todas las puertas, y se preparan todos los ánimos á recibirle. Así pues, debiendo hacer muy pronto su entrada en el mundo el Hijo de Dios, el Verbo eterno, el Rey inmortal de los siglos, el Deseado de las naciones, le allana todos los caminos Dios su Padre, le abre todas las puertas, prepara los ánimos á recibirle, y hace que todos los acontecimientos cooperen al establecimiento de su reinado eterno, preparacion admirable que ahora se trata de desarrollar.

En primer lugar, ¿qué es la preparacion del Mesías? Es la di-

reccion y cooperacion de todos los acontecimientos á la gloria del Mesías. Unos tienen por objeto conservar en la tierra la verdadera Religion, es decir, la del Mesías; otros hacer que nazca el Mesías en Belen, y otros, en fin, facilitar la propagacion rápida del Evangelio, ó del reinado del Mesías, por toda la tierra; de modo que todos los acontecimientos que han tenido lugar entre los judíos ó en las naciones infieles antes de Jesucristo, todo el gobierno del mundo se reasume en tres palabras: Todo para el Mesías, el Mesías para el hombre, y el hombre para Dios; por lo cual la Religion es el centro á donde todo va á parar, y la creacion entera se remonta á Dios, de quien ha descendido.

Pues bien, desde toda la eternidad estaba decidido en los decretos del Todopoderoso: 1.º que el pueblo judío veria salir de su seno al Mesías; que seria el depositario obligado de esta gran promesa, y, por consiguiente, el custodio fiel de la verdadera Religion; 2.º que el Mesías naceria de este pueblo en Judea, de la familia de David; 3.º que el reinado del Mesías, ó el Evangelio, se esparcira con rapidez de un extremo á otro del mundo; 4.º que el Mesías reunira bajo un mismo cetro todos los pueblos de Oriente y Occidente, convertidos con la comunidad de creencia y amor en un solo pueblo de hermanos; finalmente, que naceria en Belen, cuando el poder soberano hubiera salido de la tribu de Judá. La prueba de estas tres verdades se encuentra á cada página de los Profetas cuyos oráculos acabamos de citar; réstanos, por consiguiente demostrar como todos los acontecimientos del mundo, anteriores al Mesías, han cooperado al cumplimiento de los eternos decretos de la Providencia.

El primero establece al pueblo judío depositario de la gran promesa del Mesías, y, por consiguiente, custodio de la verdadera religion. Era preciso, pues, que el pueblo judío conociera y conservara esta promesa sagrada con mas fidelidad que los demás pueblos. De aquí la renovacion tantas veces repetida que se hace á los Patriarcas; de aquí aquella variedad infinita de figuras que la dicen á su modo durante cuatro mil años, y finalmente, todos aquellos Profetas que durante mas de diez siglos no cesan de conservarle el recuerdo y pintarle los caracteres del Mesías. Era preciso especialmente que rodeasen al pueblo judío una infinidad de barreras que le impidiesen caer en la idolatria. De aquí las leyes, reglamentos y prácticas sin número establecidas por Moisés, su legislador; de aquí todas aque-

llas amenazas terribles, aquellas promesas magnificas, y finalmente todo aquel aparato de ceremonias que, aislándola de las demás naciones, forman en torno suyo como una muralla insuperable á la invasion del error. De aquí, además, aquella arca de alianza, temible monumento de la presencia continua y sensible de Dios en medio de Israel ¹.

Era preciso además que, si á pesar de todo esto llegaba á caer en la idolatria, no perseverase en ella y fuese restituido forzosamente al culto del verdadero Dios por medio de humillaciones, de castigos y de calamidades públicas. De aquí aquella larga cadena de derrotas sangrientas y de cautiverios vergonzosos que forman la trama general de su historia, que se renuevan siempre que prevalece, que duran hasta que se corrige y que reconociendo su falta vuelve al verdadero Dios; de aquí, en particular, la elevacion y el poder del imperio de los asirios, ó de Babilonia.

Hé aquí el primero de los cuatro grandes imperios vaticinados por Daniel, que debian sucederse hasta la venida del Mesías, y preparar magnificamente su reinado eterno. Sí, aquella formidable monarquía fue establecida expresamente por Dios para castigar al pueblo judío siempre que se entregara á la idolatria, y para volverle á la verdadera religion por medio de este saludable castigo. Tal fue la mision providencial del imperio de los asirios, y así nos lo enseña Isaiás en términos precisos: *El Señor, dice el Profeta, llamará con un silbido un enjambre de asirios... porque Asur es el palo y la vara de mi furor; he hecho de su mano el instrumento de mi cólera... Pero, añade el Profeta, cuando el Señor haya purificado á Jerusalem, visitará la fiereza insolente del rey de Asiria y el orgullo de sus ojos altaneros, porque no siendo mas que un instrumento en mi mano, se ha gloriado de sus triunfos y ha traspasado mis órdenes; le habia mandado que castigase á mi pueblo, y ha querido destruirlo* ². ¡Qué grande sois, Dios mio, y cuán justamente sois llamado el Rey de los reyes y el Señor de los señores! Aquel rey de Asiria, aquel soberbio Nabucodonosor, terror de Oriente, no era mas que un ministro subalterno, un siervo mandado por su señor, una vara y un palo en la mano del Omnipotente!

¹ Conservar la gran promesa del Mesías es la idea que explica y justifica la legislacion de Moisés, lo que da una importancia infinita á ritos que parecen minuciosos á los espíritus superficiales.

² Isai. vii, ix.

Acabamos de demostrar que la mision de la gran monarquía de los asirios era impedir que el pueblo judío olvidase la gran promesa del Libertador, entregándose al culto de los ídolos, y castigarle severamente siempre que faltase á este noble deber: su misma historia lo justifica. En el momento que los judíos prevarican, Asur, siempre en pié y con las armas en la mano, cruza las fronteras de Judea, y obliga á sus culpables habitantes á recurrir al Dios de sus padres y á romper sus ídolos.

Pero Asur quiere traspasar los mandatos del Soberano que le envia, y, no contento con castigar al pueblo judío, trata de exterminarlo. Aun mas, en vez de conservarlo fiel al verdadero Dios y á la gran promesa, quiso un dia hacerlo prevaricador, y abolir en él con la verdadera religion el recuerdo de la promesa, única esperanza del mundo. ¡No sabes, pues, Asur, que no hay poder ni sabiduría contra el Señor! Espera un instante; ya verás cómo va á enseñártelo, y á humillar tu orgullo sirviéndose del medio mas débil.

La corte del imperio de Asiria, que despues se fijó en Babilonia, se hallaba aun en Nínive. Nabucodonosor I, sucesor del rey que hizo penitencia á la voz de Jonás, enorgullecido con sus victorias, resolvió someter todo el Oriente á su imperio, y hasta creyó que fuera poco para él convertir á los súbditos que adquiriera en adoradores. Con este sacrilego designio envia embajadores á todos los pueblos cercanos, y á las mismas naciones establecidas allende el Jordan hasta Jerusalem. Tenian órden de exigir una completa sumision á los mandatos del rey de Asiria. Indignados los pueblos recibieron á estos embajadores con el desprecio que parecia merecer la pretension del Monarca, y en vez de las sumisiones que esperaban volvieron á Nínive cargados con la indignacion pública.

Nabucodonosor se dejó arrastrar en su indignacion por furiosos arrebatos contra todos los países donde habian fracasado sus embajadores, y juró por su trono y por su imperio que su venganza seria digna de su majestad. Celebró, pues, un consejo en su palacio de Nínive, donde declaró públicamente la resolucion que habia tomado de vengarse. Componíase este consejo de todos los señores ancianos de su corte, de todos los generales y de todos los oficiales de sus tropas. Quiero, les declaró sin embozo, someter toda la tierra á mi imperio. Sus palabras fueron recibidas con generales aplausos,

y su proyecto, aplaudido por tantos aduladores, quedó en el acto como resolucion fija é irrevocable.

Llamó á Holofernes, general en jefe de sus ejércitos, y le dijo: Parte, Holofernes, marcha á someter todos los reinos de Occidente, y castiga sobre todo á los que han despreciado mis mandatos. Recomendóle en seguida que exterminase todos los dioses de las naciones, y aboliese toda especie de culto y religion, para que no se adorase mas dios que él en toda la extension de sus conquistas.

Holofernes se impuso el deber de cumplir la mision que acababa de confiarle su soberano, y muy pronto su ejército se compuso de ciento veinte mil hombres de á pié y de doce mil arqueros á caballo. Puso de avanzada los bagajes, cuya marcha llevaba el terror á todas partes: formábanlos una multitud espantosa de camellos cargados con todas las provisiones necesarias, no solamente para las necesidades, sino para las delicias de un ejército; seguíanles innumerables rebaños de bueyes y carneros, y un gran número de carros que conducian sumas inmensas en oro y plata, que el General habia sacado á discrecion de las arcas de su soberano. En cuanto al trigo, mandó que se hicieran provisiones en Siria, donde debia tomarlas al paso.

Holofernes siguió de cerca á los bagajes, partió al frente de sus tropas con sus carros, su caballería y sus arqueros. La haz de la tierra estaba cubierta con aquella multitud de soldados, y parecia verse una de esas nubes de langostas que oscurecen el aire. Todos cuantos se atrevieron á resistir fueron aniquilados; las ciudades fortificadas tomadas por asalto, y los habitantes pasados á cuchillo. El temible vencedor bajó muy pronto á las hermosas campiñas de Damasco: era la estacion de la cosecha, y puso fuego á las mieses, y mandó que cortasen los árboles y las vides, de donde sacaba el país su subsistencia. Despues de haber hecho verter arroyos de sangre y de lágrimas, y de llenar de terror todos los países cercanos, se detuvo algunos dias para esperar tranquilamente los frutos de tantas victorias.

No tardaron en presentársele: la consternacion era tan general, que los príncipes y soberanos de las provincias le enviaron sus embajadores y fueron á pedirle su perdon, ofreciéndole la corona y los servicios de sus soberanos. Holofernes eligió en aquellos pueblos todos los jóvenes capaces de llevar las armas, y los obligó á seguirle en lo restante de su expedicion; y á medida que avanzaba, su ejér-

cito se aumentaba como un torrente que ha roto sus diques y extiende á lo léjos sus estragos.

El terror del nombre de Holofernes estaba tan profundamente impreso en el alma de los habitantes de aquellas comarcas, que á medida que el vencedor se acercaba á una ciudad, salian á su encuentro los príncipes, los magistrados y toda la poblacion; se le hacian entradas magnificas, le recibian al sonido de tambores y de flautas, le preparaban iluminaciones, y todos se coronaban de flores y llevaban antorchas en las manos en señal de alegría. Al ver tal ahinco, hubiérase creído que se disponian á festejar al mejor de todos los soberanos; pero aun no habia entrado Holofernes, cuando ya conocian por los actos mas odiosos que habian recibido un tirano. Nada era capaz de saciar su ferocidad: las ciudades eran destruidas, y convertidos especialmente en escombros los altares, porque el impío no olvidaba que tenia orden de declarar la guerra mas á los dioses que á los hombres.

Ejerciendo estas crueldades, y tiranizando la conciencia de los hombres, llegó á la tierra de Gabaa ocupada por los idumeos; allí, como en todas partes, fueron tomadas todas las plazas, y Holofernes dió cita á todas sus tropas, y pasó treinta dias en este campo dando descanso á su ejército, ya amenazando desde este punto inexpugnable á Samaria y á Judea.

Los judíos se llenaron de espanto al recibir tan horrible nueva; temieron por Jerusalem la suerte de las demás capitales, y para el templo una sacrilega profanacion, y todo el pueblo alzó su voz al Señor. Hombres y mujeres humillaron sus almas con un riguroso ayuno; los sacerdotes se vistieron de sacos y silicios, y hasta los niños, objeto digno por su inocencia de la compasion del cielo, se prosternaron delante del templo del Señor. Se cubrió con un cilicio el altar del Dios vivo, y en todas partes resonaron estas palabras salidas de corazones contritos y humillados: Señor, no nos entreguéis en manos de nuestros enemigos. El gran sacerdote Eliaquim, animado con la santa disposicion en que habia puesto á Jerusalem, recorrió las demás ciudades para excitar un fervor semejante. En todas partes produjeron efecto sus exhortaciones, y no se cesaba de orar.

Á tanto fervor añadió el gran sacerdote sus cuidados: envió órdenes para que se ocupasen sin dilacion todas las alturas, y estuviesen prontos á una vigorosa resistencia. Los hijos de Israel obede-

cieron dócilmente las órdenes de Eliaquim, y llenos de confianza en el Señor, se pusieron en todos puntos en estado de defenderse.

Habiendo llegado á noticia de Holofernes todos estos preparativos, montó en extrema cólera, y mandó venir á los príncipes de Moab y á los jefes de los amonitas que habia llevado á la guerra. ¿Qué pueblo es ese, les preguntó, que ocupa los montes? ¿Cuál es su jefe? ¿por qué es el único de todos los pueblos de Oriente que se atreve á resistirme? Aquior, jefe de los amonitas, le respondió: Señor, voy á deciros la verdad: el pueblo que se dispone á resistiros adora un solo Dios, que es el Dios del cielo, y protege á los judíos siempre que le son fieles. Antes de atacarlos, informaos con cuidado de si han cometido alguna falta contra su Dios que les haya acarreado su cólera, en cuyo caso podeis partir porque Dios os los entregará. Pero si están inocentes, si no han ofendido á su Dios, guardémonos bien de ensayar nuestras fuerzas contra ellos, pues no podrémos vencerlos.

El razonamiento de Aquior era sensato y nada adulador. Apenas acabó de hablar, se alzó contra él un murmullo general en la tienda de Holofernes, donde estaban reunidos todos los oficiales principales. El mismo Holofernes prorumpió en amenazas contra Aquior, y en blasfemias contra el Dios de los judíos; aun mas, mandó que llevasen á Aquior al campo de los israelitas para que pereciera con ellos cuando los pasasen á cuchillo los asirios. Los guardias de Holofernes se apoderaron del general amonita y le condujeron hácia Betulia, que era la primera ciudad que debía saquearse.

No era tan fácil acercarse á la ciudad como el General asirio se imaginaba; sus soldados se dirigieron con su prisionero á lo largo de la llanura, pero al acercarse al monte vieron salir un destacamento de honderos que los obligó á mudar de pensamiento. Se apartaron del camino, y dando la vuelta al monte, ataron á Aquior á un árbol por los piés y las manos, dejándole en este sitio y huyendo precipitadamente. Los israelitas, testigos de este espectáculo, salieron de la ciudad y se acercaron al prisionero, y desatándole, le llevaron á la plaza, donde todo el pueblo se reunió en torno suyo suplicándole que contase detalladamente las circunstancias de su aventura.

Oracion.

Dios mio, que sois todo amor, gracias os doy por los milagros innumerables por medio de los cuales vuestra omnipotencia y vuestra sabiduría infinita hicieron que todos los acontecimientos del mundo cooperasen á la gloria del Mesías, vuestro Hijo y mi Redentor, como vuestros Profetas lo habian vaticinado y Vos lo habíais decidido desde toda la eternidad.

Me propongo amar á Dios sobre todas las cosas, y á mi prójimo como á mi mismo por amor de Dios; y en testimonio de este amor, *me someteré sin murmurar á los decretos de la Providencia.*

LECCION XLVI.

PREPARACION DEL MESÍAS.

Mision de los asirios.— Historia de Judith.— Su relacion con la preparacion del Mesías.— Holofernes sitia á Betulia.— Judith, su vida, sus oraciones.— Llega al campo de Holofernes.— Muerte de este General.

Al asomar el dia que siguió á la partida de Aquior, Holofernes dió á su ejército la órden de ponerse en marcha, de avanzar contra Betulia y de cercarla por todos lados. Hallábase al frente de ciento veinte mil hombres de á pié y veinte y dos mil jinetes de tropas regulares, sin comprender un número infinito de extranjeros que habia elegido entre las naciones nuevamente sometidas, y que habia obligado á servir.

Betulia era una pequeña plaza situada en un monte que constituia toda su fuerza, y por la misma razon era muy fácil sitiarla por hambre, no teniendo bastante gente para cercarla del todo. Por la mañana se vió ya desde la ciudad el formidable ejército de los asirios que se extendia por las alturas y formaba un extenso círculo en torno de Betulia. Ante tal espectáculo redobláronse las oraciones y promesas, y todo el pueblo suplicó, con el rostro inclinado al suelo, al Dios de Israel que manifestase su misericordia.

Era indudable que solo con el auxilio del cielo contaban y debian contar en una lucha tan desigual; pero era preciso esperarlo sin tentar al Señor, y hacer por su parte algunos esfuerzos hasta el momento determinado por él para ayudar á su debilidad. Armáronse en su presencia, fueron á ocupar todas las gargantas del monte que servian de camino para llegar hasta ellos, y relevándose unos á otros, las custodiaban continuamente de dia y de noche.

Holofernes dió vuelta al monte cercano á Betulia antes de intentar un ataque, y viendo que las aguas de una fuente que brotaba de este monte eran conducidas á la ciudad por un acueducto, lo mandó cortar en el acto, esperando que antes de pocos dias la sed obligaria á los habitantes á rendirse á discrecion. Las conjeturas de